

lacio Borbón á la terrible Abadía, é inmolados luego como carneros sin gloria ni combate. El orden público no podía ofrecer áncora de ningún género y seguridad en aquel momento, representando las fuerzas armadas un Santerre, depositario por voto popular unánime de las venganzas del pueblo. Así abandonó las muchedumbres al impulso de sus iras; y cuando se cansaron éstas de matar soldados suizos, pusieron á derribar estatuas públicas. En el antiguo régimen sólo había efigies de santos sobre los altares y efigies de reyes en los palacios. Alguna vez los jardines veían también tales efigies, y á lo sumo, las plazas. Varias había en París, la de Luis XIV por la plaza Vendôme; la de Enrique IV por el Puente Nuevo; la de Luis XV por los espacios de la capital estendidos entre las Tullerías y los Eliseos á que hoy llamamos Plaza de la Concordia. Todas cayeron derribadas por el suelo como símbolos de la existencia del trono convertidos en trofeos de las victorias del pueblo. Los historiadores realistas cuentan que una desorejada demagoga, subida sobre altísima escalera de mano; y desde esta escalera con la estatua de Luis XIV abrazada para tenderla por tierra, la removi6 con tanta fortuna que se le fué la mole aquella encima y la espachurró bajo la pesadumbre de su bronce. Siempre han sido las revoluciones lo mismo. Nuestros ojos, durante las grandes crisis, han visto arder los conventos y consumirse allí en las llamas los santos de madera con los frailes de carne y hueso. Aquellos cristianos primitivos, tan imitadores de las artes clásicas, borraban las pinturas al fresco que habían servido de modelos para sus apoteosis religiosas y demolían las estatuas, cuyos restos aprovecharan de ideal más tarde á los escultores católicos. El mismo pudibundo y pío movimiento luterano, tan severo con los inquisidores católicos, demolió bajo el martillo de los iconoclastas las estatuas piadosas y con sus cóleras los campesinos aventajaron en terrores y en matanzas á la revolución francesa. Malo es ensañarse con las efigies de los muertos; pero peor ensañarse con las personas de los vivos. En detener la manía del exterminio, que se iba posesionando de los pueblos, consistía el honor de la revolución. Y en el desate de todas las pasiones y en el desligue de todos los vínculos y en el desacato á todas las leyes, creció el terror como un desquite de los vencedores, muy próximos varias veces durante las incidencias de aquellas batallas á ser vencidos. Era necesario constituir un poder público para refrenar los desórdenes y un poder judicial para defender y salvar los inocentes. Danton, que tanto desencadenara las revoluciones á su tempestuosa y sinica voz, quiso en aquel momento encauzarlas, para que no ensangrentasen su patria como la ensangrentaron, y no deshonrasen su nombre como lo deshonraron, atrayendo sobre su cabeza un anatema secular y sobre la Francia una reacción espantable. Así, un amigo suyo, el diputado Lacroix, propuso, en medio de aquellas sacudidas que todo lo hacían estremecer y no fundaban cosa ninguna, como sucederá en las calamidades y catástrofes así físicas como sociales siempre, que se fundaran fuertes consejos de guerra para señalar jurídicamente los culpados y aplicarles

bajo una ley la condigna pena. Indudablemente la ciudad había hecho el movimiento, porque toda ella, efecto del proceder traidor de los reyes, se había convertido en republicana con excepción de las antiguas clases adscritas á los monarcas y á los altares. La Milicia nacional acompañaba en estas universales aspiraciones democráticas á la población. En vano dieron á los milicianos muy concretas consignas; en vano los distribuyeron de manera que so la mano del rey estuvieran y á la obra común de salvar la Monarquía cooperasen: el espíritu se adelantó y sobrepuso á la ordenanza recibida y al mandato descendido de las alturas, el cuerpo armado popular, exceptuando los batallones de las Monjas de Santo Tomás y los batallones devotos á Lafayette, estaban por el pueblo contra el trono. Así, en el momento de ver los helvecios esparcidos por el suelo á la infernal caza promovida contra ellos, declaran la victoria popular, teniendo por completamente rotos al Monarca y á la Monarquía.

La suspensión del fuego asolador y los aniquilamientos sucesivos de las tropas helvecias del palacio del Congreso y á la plaza de Luis XV, determinan un hecho capital: que la morada de los reyes caiga en manos del pueblo. Sobrexcitadísimo éste por los halagos de la guarnición real en un principio, y los ataques exterminadores á estos halagos subsiguientes, pierde la cabeza y no cree combatir con enemigos naturales, provocadores al odio siempre, cree combatir con alevos traicioneros contrarios, indignos de que se les guarde ninguna piedad cristiana, y de que se les aplique ningún precepto humanitario de las leyes morales y religiosas. A esta consideración uníase otra de menor fuerza, para explicar el ensañamiento carnicero con que los vencedores procedían en esta horrible jornada, indigna del género humano; jornada que, no obstante haber destruído las castas arriba y abajo la servidumbre, bienes inapreciables y efectivos progresos, mancha con sus horrores sin cuento las páginas de nuestra Historia universal, y hace dudar de que sea la finalidad cósmica el bien colectivo y supremo de todos los seres. Como quiera que los gentiles-hombres y los soldados suizos dispararan tras gruesas paredes, y los revolucionarios arremetieran á cuerpo descubierto con ellos, fueron en mayor desproporcionado número los muertos por la defensa de aquella plebe que los muertos por la defensa de aquella corte; y esta desproporción aumentó los horrores del desquite. No se creyeron los populares combatidos por los realistas; se creyeron asesinados. Y cuando los asesinos bajo su poder entraran, creyeron aplicarles justa ley del Tali6n, persiguiéndolos á muerte y asesinándolos sin piedad. No se puede saber, sino después de pasar por ello, el coraje despertado en los vencedores, y el odio y la saña y la crueldad y el carnicero instinto tras una larga y cruentísima resistencia del vencido. Castiga y se vengá. Ciego de cólera, truécase con facilidad en bruto feroz y carnicero. Creyendo, por una filosofía instintiva, satisfactorio á los muertos recientes, el sacrificio de sus sacrificadores, los inmola por un sentimiento casi religioso. Para mayor pena, estaban los vencedores en una noche artificial, produ-

cida por el humo de las batallas unido al humo de los incendios, y mataban como si ya estuvieran entre las tinieblas y la oscuridad connaturales á los dominios de la muerte. Y acababan de ver los muertos amontonados que la realista saña tendiera por el vestibulo de las Tullerías; y acababan de pisar los intestinos despachurrados sobre las losas del Palacio regio y de resbalarse por los escalones en aquella sangre roja y caliente que la escalera destilaba; y acababan de ver morir á los camaradas y á los deudos entre las horribles tragedias de aquella matanza colectiva, quienes les encargaban al morir la tutela sobre sus hijos huérfanos y el desquite por su muerte alevé: así, entraron en aquellos salones resplandecientes con los reflejos del sol real en su ocaso rojo; ciegos por el relampagueo de las descargas y el humo de las llamas; destituídos de todo afecto humano, que ahogaban los feroces instintos carnívoros, motores del combate; ansiosos, no sólo de acabar con sus enemigos, como genios exterminadores, de comérselos como caníbales, llevando á sangre y fuego su irrupción, tan inconscientes de lo que hacían como las ratas invasoras de un buque abandonado, y tan voraces como las hienas que machacan entre sus dientes un cadáver, ó como los gusanos que pululan en los sepulcros sobre los restos humanos y su asquerosa podredumbre. Para los asaltantes quedaban fuera de la humanidad los asaltados y vencidos. El grande ó noble que les recordaba un privilegio, por cuya extinción total combatían; el sacerdote, representante de las amortizaciones puestas sobre los campos, y de la Inquisición, puesta sobre los espíritus; los cortesanos significando el rebajamiento natural que trae consigo aparejada toda Realeza histórica, pueden aún explicar con los recuerdos por ellos evocados aquella insania de la revolución; mas el palafranero de humildes orígenes, como de humilde índole su oficio; los pinches de cocina, que sólo eran jornaleros; los criados de última condición, en verdad, no debieron merecer de los igualitarios la igualdad terrible del castigo con sus señores, cuando nunca obtuvieran la igualdad en los goces de las antiguas y monstruosas excepciones sociales. Semejante raserero, pasado sobre todas las cabezas, que permanecían erguidas en Palacio, al paso de los vencedores, y que caen segadas, en cuanto estos vencedores las ven, muestra las cóleras terribles que los habían cegado, y la borrachera y la demencia colectivas que les habían sugerido los vapores del incendio y de la matanza. Existían en aquella multitud invasora los combatientes ilustrados y los combatientes ignaros, más responsables los primeros que los segundos, y por consecuencia más criminales, pues si aquéllos sabían cómo la Realeza, magüer sus crímenes, prestara muchos servicios á la unidad del Estado y á la unidad del territorio, los otros le imputaban los horrores de las guerras continuas, el ojeo á sus padres en la noche de San Bartolomé, los tormentos de la Inquisición, el yugo de sus corveas y el peso de sus cadenas, apareciendo todos igualmente implacables, porque se imaginaban todos, no sólo desarraigar los males presentes, vengar las generaciones pasadas y apercebir el humano derecho para las generaciones futuras. Quien dijo que las revolu-

ciones serán siempre la condensación de los tiempos, dijo una de las verdades más luminosas y más históricas que guarda en sus libros la Historia filosófica. Se condensaron en la cabeza inocente de Luis XVI los crímenes todos de una Monarquía secular, y se condensaron en los hígados de aquella plebe dementada y furiosa todas las hieles de cuantas víctimas estos crímenes habían inmolado. Por eso, el diez de Agosto no puede juzgarse como un fenómeno cualquiera que pasa en aquella reducida extensión del espacio y en aquellos cortos minutos del tiempo, hay que juzgarlo como el choque tremendo entre dos moles titánicas en la inmensidad de lo infinito y de lo eterno.

Lo más espantoso de aquella catástrofe tremenda fué que á los impulsos de la ira, cuyos excesos inmolaban á los realistas, sumó el impulso de la codicia robando cuantos objetos podían acapararse, y si no los robaban, destruyéndolos por propensiones al exterminio. La totalidad ó suma del pueblo procedió con la pureza y desinterés propios de las muchedumbres, peleando siempre y en todas partes á favor de una idea sugerida por antiguos apostolados, y no de una mezquina medra, cuyo logro es imposible á tal copioso número de gentes. La pena de muerte al ladrón se fijó por doquier y por doquier se cumplió. Pero, como no puede impedirse que la tormenta purificadora destruya hogares y desarraigue arboledas; que las olas, sin cuyo movimiento el mar se dormiría, corrompiendo con la podre por su inmovilidad producida, todo el planeta, produzcan terribles naufragios al lado de tantos bienes; tampoco puede impedirse que á los revolucionarios y á su buena fé se agreguen los demagogos y su mala índole y hagan de las suyas en el desate de los vínculos sociales y en el menosprecio de las leyes escritas, congénitos á todas las revoluciones humanas, más violentas en sus medios cuanto más profundas en sus fines. Así mientras los marseleses á una esgrimían sus armas, clavándolas en el cuerpo de los suizos y de los cortesanos, la cola demagógica, que les acompañaba, seguía las víctimas, y por los balcones y ventanas al aire vacío las lanzaban, conminando con gritos y excitaciones feroces á que las despojasen de todo los revolucionarios del patio y del jardín, quedándose hasta con sus camisas. Y el interés podía explicar, aunque nunca justificase, tales atentados á las pertenencias que lleva encima un cadáver ó un herido, pero cogían los lanzados á su voracidad, y si estaban vivos, los concluían aplicándoles tormentos de refinada barbarie, y si muertos, los destrozaban, como se destroza una res apercebida para una venta y una tabla de carne. Así exponían al aire libre las vergüenzas de aquellas víctimas diciendo los retruécanos más soeces sobre todo cuanto el pudor humano esconde; les abrían el cuerpo y les sacaban los intestinos como pueden sacarse los mondongos á los cerdos en las matanzas ó á los caballos en las corridas; les destrozaban las cavidades del tórax en aquellas disecciones de tigres para sacar los corazones y exprimir la sangre suya como si fueran esponjas, que dice Lamartine; los trucidaban y luego con sus fragmentos coronaban las picas y los lanzones ensangrentados. El espía y el asesino, reproducidos en

las artes y las letras, como copiados del palacio de los Césares en Roma ó del Consejo de los diez en Venecia ó del potro de la Inquisición en España, tan agrandados y exageradísimos por las tradiciones populares, instrumentos del despotismo antiguo, renacían centuplicados en esta victoria de la libertad; rojos pies y piernas desde sus rodillas á sus uñas por la sangre donde se acababan de bañar, fulminantes los ojos siniestros con fulminaciones y relámpagos de odios inextinguibles; con el cuchillo en los dientes y las picas en las manos, corriendo como furias por aquellos magníficos salones maculados de podre como un pudridero y matando á cuantos encontraban de supervivientes sobre los recién amontonados muertos. La toma de Jerusalén, el incendio de Corinto, la entrada de los bárbaros en Roma únicamente se parecen á esta catástrofe. En un momento los techos con sus pinturas al fresco se asombraron al humo del incendio, y se convirtieron, no obstante sus blancos estucos y sus áureos adornos, en el horizonte obscuro de una caliginosa noche; los suelos con sus losas de mármol y sus mosaicos de multicolores piedras se abrieron en surcos á una erupción: los cuadros más bellos ardieron y se arrugaron como pergaminos puestos al fuego; cayeron al lado de los muertos por balcones y escaleras las más bellas estatuas; un paño fúnebre se tendió por las paredes como las tinieblas por los espacios nocturnos en grande y procelosa oscuridad; saltaron en pedazos los relojes que habían anunciado las horas de tantos placeres y se volvieron ruinas los blasones que habían coronado tantas y tantas grandezas; las obras inmortales de arte aglomeradas en aquellos templos de la realeza por la sucesión de los trabajos humanos y la dinastía de los Reyes divinos, quedaron pulverizadas; corrieron como gotas de lluvia evaporada los diamantes y fueron profanados los recuerdos; sobre los lechos de la familia real se ayuntaron á la vista de todos aquellos jefes, parejas de uno y otro sexo ébrias á los vapores del vino y al fluor de la sangre; macularon los desquites demagógicos y los excesos populares el tálamo nupcial de Antonieta creyéndola en sus calumniosas consejas de una voluptuosidad como la imputada por los símbolos antiguos, no á Cleopatra, y á Mesalina, y á Julia, no á Pasifae, y se gozaron los irruptores al penetrar por aquellos espacios abiertos á su delirio no sólo en destruir el santuario de los Reyes, en deshonrarlo y conspirarlo por generaciones de generaciones hasta la consumación de los siglos.

Uno de los más terribles episodios en aquella tragedia fué lo espantoso del encuentro entre los inmoladores de las víctimas y el residuo de la servidumbre femenina, refugiado por los apartamentos de la Reina. Tal escena en el ensangrentado escenario, demostró la imprevisión de los Reyes y su indiferencia por los demás mortales, pues no pasaba de haber tenido los Reyes en aprecio el abandono de los habitantes en las Tullerías al furor popular, en vez de huir desde los ensangrentados espacios, donde se mataba y se moría, en cruentísimos combates, al seno de la Cámara. No obstante haber la servidumbre palaciega recibido innumerables insultos en las escenas revolucionarias, y devorado innume-

rables amarguras, jamás pudo creer, ni aun después del veinte de Junio, se renovase la toma del fuerte de la Bastilla en la toma del Palacio de sus Reyes. Cuando la nube se aproximó con tanto estruendo y estrépito, las damas de Palacio se refugiaron en el entre-suelo sito bajo las grandes galerías y los espaciosos salones, cuyo ingreso ignoraban los insurrectos, por hallarse muy disimulada en sabia ocultación la escalera intermedia entre los dos pisos. Había llevado la Reina consigo á la princesa Lamballe, á la institutriz de sus hijos, madame Tourzel, á otras varias; pero aún quedaban importantes damas en Palacio, adscritas unas al real ordinario servicio, arribadas otras al reclamo del peligro, por si podían ó necesitaban los señores, como se llama en palaciego lenguaje á los Reyes, holocaustos extraordinarios. ¡Cuánto no padecerían aquellas infelices dentro de la tromba, en cuyos remolinos cayeran desplomadas! Los estampidos del cañon que hacían retemblar todo el monumento; la granizada de metralla penetrando hasta en los sitios más reclusos y esparciendo estragos y muertes por todas partes; el asalto del pueblo á las ventanas, subseguido por la caída de los cadáveres, cuyos huesos chocaban siniestramente con las losas del jardín, ennegrecido por las humaredas del incendio; los combates cuerpo á cuerpo empeñados en los pisos superiores, entre grupos sobrexcitados por sendas cóleras, grupos, que mutuamente se perseguían y exterminaban en los prolongados furores de la resistencia y del ataque; los clamores de maldiciones y juramentos que acompañaban á la vibración de los puñales y de los sables como al trueno sordo de las descargas continuas, produjeron en aquellos séres, acostumbrados á todas las delicadezas y á todas las finuras de una vida regalada, efectos tales, que, rígidas, frías, inertes, con los ojos inmóviles y el cabello erizado, perecían estatuas, por lo destituidas de respiración y de movimiento en la terrible intensidad de su horror. Mas, si bien los hechos de aquellos exterminadores por todas partes rodeaban á las infelices damas, las personas tardaban mucho en ir hasta el sitio donde se hallaban ellas; y, lo que parecía fortuna en apariencia, resultaba en realidad prolongación indefinida del insufrible martirio. Por fin, á fuerza de buscar y rebuscar, encontraron el escondite, y lo abrieron, unas veces saltando las cerraduras con las bayonetas, otras veces rompiendo las puertas á grandes y terribles hachazos. «Ibamos á morir, dice madame Campan, la diligente historiadora tantas veces recordada, en sus curiosísimas Memorias, cuando un revolucionario de luenga barba se aparece, y grita, después de haber invocado el nombre de Pétiou: «gracia y amparo á las mujeres, no deshonréis la nación». Un incidente particular me trajo peligro mayor que á las demás señoras. En mi natural turbación, creí, minutos antes del arribo de los tumultuados, que mi hermana estaría con ellas, en el cuarto de la reina reunidas, y marché allá, deseosa de ponerme á su lado, por convenir el no estar apartadas á nuestra doble y dificultosísima salvación. No se hallaba donde yo imaginara. En el recinto anterior al asilo de las señoras no había más que dos criadas, y uno de los heiducos, húngaros, de la Reina, hombre muy alto y con